

# LA ENCRUCIJADA ANTIGUA

**G**RIEGOS y fenicios mil años a. de C.; luego, asirios, egipcios, persas, griegos, romanos, árabes...; los cruzados de Ricardo Corazón de León, que lo vendieron a Guy de Lusignan, de donde surgió una dinastía de Reyes independientes; un tiempo de dominio de Venecia, y luego, los siglos del Imperio Otomano, hasta su desmembramiento en el Congreso de Berlín: Montenegro, Servia y Rumania, naciones independientes; Bulgaria, dividida: Bosnia y Herzegovina, para Austria-Hungría, y Chipre para los ingleses.

La idea de enosis, o de unión con Grecia, es anterior a la ocupación británica. Era, aparentemente, un movimiento religioso de los cristianos ortodoxos de Chipre contra los musulmanes. Los cristianos ortodoxos tenían sus antepasados griegos, y han seguido considerándose greco-chipriotas; los musulmanes, tur-

cos: los turco-chipriotas. La proporción de habitantes: cuatro quintas partes ortodoxos, de idioma griego, una quinta parte de musulmanes. La fuerza del Imperio otomano impedía no sólo la enosis, sino los derechos reales, en proporción a sus habitantes, de los ortodoxos: eran una minoría oprimida. La caída del Imperio y la ocupación británica cambiaron la situación. Sin embargo, griegos y turcos de Chipre se vieron sometidos a una ocupación dura. Chipre tuvo un estatuto de colonia desde 1925, y desde entonces no cesó en su resistencia. Originado el movimiento de la enosis, como queda dicho, por razones religiosas, la Iglesia ortodoxa de Chipre siguió siendo la cabeza visible de la rebelión. Dos obispos fueron exiliados forzosos cuando, en 1931, los movimientos independentistas tomaron grandes proporciones (llegó a ser incendiado el palacio del gobernador británi-

co en Nicosia). La Constitución colonial quedó suspendida; el Consejo Legislativo, disuelto, y las represiones, duras.

La guerra mundial suspendió provisionalmente las reivindicaciones chipriotas, pero se reanudaron inmediatamente después. Y sufrieron problemas parecidos a los de Grecia: una parte de los greco-chipriotas, de la derecha, querían unirse a la Monarquía griega impuesta por británicos y americanos; la otra parte, reunida bajo el partido comunista —el AKEI, partido comunista reformista de trabajadores—, pretendía la independencia de Chipre como nación, para aislarla de la situación griega. La fuerza principal del arzobispo Makarios fue la de conciliar a las dos partes en un solo movimiento con un punto de partida: obligar a los británicos a marcharse de la isla. Gran Bretaña proponía una Constitución, que fue rechazada; los chipriotas, un ple-

biscito para la autodeterminación, que a su vez fue rechazado por los ingleses. La situación condujo a la violencia, muy fuerte por las dos partes, acrecentada en 1954 cuando los británicos llevaron a Chipre su Cuartel General para Oriente Medio, que tuvo que salir de Egipto. En 1955, Gran Bretaña tuvo que declarar el estado de excepción, y Makarios fue al exilio; en los Comunes, el secretario de Asuntos Exteriores, McMillan, declaró que la independencia de Chipre estaba fuera de toda discusión, y envió un soldado duro a restaurar el orden, en lugar de los gobernadores anteriores: el mariscal Harding. Llegó a haber un soldado inglés para cada cincuenta habitantes de la isla (que eran cerca de seiscientos mil), pero finalmente tuvo que volver a enviar un civil como gobernador para que intentase una negociación: el terrorismo no cesaba. Las negociaciones entabladas parecían indicar la posibilidad de una Constitución que favoreciese a los greco-chipriotas, lo cual produjo el furor de los turcos y los enfrentamientos entre las dos comunidades.

Gran Bretaña, finalmente, tuvo que ceder a las peticiones de independencia: en los Acuerdos de Zurich y Londres de 1959 y 1960, con participación de Grecia y Turquía, admitió la independencia, pero reservándose ciertos derechos: dos bases soberanas, veinticinco puntos para ser usados «sin restricciones o interferencias» (trece de los cuales habrían de ser devueltos «tan pronto como fuera posible»), quince puntos para zonas de residencia anejas a las bases, diez puntos donde el Ejército británico tendría «facilidades de entrenamiento» y derecho a utilización del aeropuerto de Nicosia. Una independencia muy relativa, situada además bajo el control de Gran Bretaña, Grecia y Turquía, y con una cláusula que determinaba que Chipre «no podría participar, en todo o en parte, en cualquier unión política o económica con cualquier otro Estado»: adiós enosis. Aún peor: Gran Bretaña dejaba una Constitución que fomentaba los problemas entre las dos comunidades, siguiendo su vieja política de división entre habitantes de los países colonizados y descolonizados (Pakistán, en la India; Israel, en el mundo árabe; Biafra, en Nigeria, etcétera) de forma de poder arbitrar siempre. Las dosificaciones de cargos y mandos, la formación de la Guardia Nacional (Ejército), la Policía, etcétera, creaban el descontento



En 1955, Gran Bretaña tuvo que declarar el estado de excepción, y Makarios fue al exilio. El entonces primer ministro McMillan envió a un soldado duro a restaurar el orden, en lugar de los gobernadores anteriores: el mariscal Harding. En esta foto —de 1958—, vemos a soldados ingleses cachear a trabajadores agrícolas greco-chipriotas.



Cuando en 1963 el arzobispo Makarios —elegido Presidente desde el momento de la independencia— sugirió el abandono definitivo de los Acuerdos de Zurich y de Londres, los turco-chipriotas recrudecieron su ofensiva por temor a que ello significase la unión con Grecia.

de los turcos, que se consideraban como una minoría oprimida.

Por eso la salida de los británicos no resolvió los problemas de sangre: comunidades turcas y griegas se enfrentaron en combates de gran ferocidad. Cuando en 1963 el arzobispo Makarios —elegido Presidente desde el momento de la independencia— sugirió el abandono definitivo de los Acuerdos de Zurich y de Londres, los turco-chipriotas recrudecieron su ofensiva, por temor a que ello significase la unión con Grecia y el final definitivo de sus derechos. Las Naciones Unidas hubieron de enviar soldados —los «casco azul»— para restaurar el orden, y un mediador, Galo Plaza, recomendó éste la continuación de la independencia, rechazó la propuesta turca de partición de la isla y una Constitución que diera el gobierno a la mayoría, pero con salvaguarda de los derechos de las minorías.

Es decir, el problema de fondo seguía sin zanjarse. Pero el arzobispo Makarios reformó en cierta manera su política inicial, sobre todo a partir de su reelección en 1968: en lugar de la enosis, que había sido el origen de su acción y su resistencia, se apostó a una verdadera creación de la independencia por el respeto a las minorías turcas. Estableció una democracia real y consiguió lo aparentemente imposible de conseguir: un apaciguamiento. En la decisión de Makarios influiría notablemente el golpe de Estado llamado «de los coroneles» en Grecia, abril de 1967: el arzobispo no quería de ninguna manera que su isla cayera bajo la dictadura fascista.

Pero esto, naturalmente, produjo otros inconvenientes. Precisamente por su propia naturaleza, el Régimen de los coroneles comenzó a reclamar con mayor insistencia a Chipre como territorio irredento, lo cual era una falsedad histórica: Chipre no había pertenecido nunca a Grecia en los últimos tres mil años —salvo un breve intermedio en el siglo XIV— y el movimiento de enosis había sido siempre de Chipre hacia Grecia, y no a la inversa. Al abandonar la enosis, Makarios fue considerado por los griegos como un traidor, y los coroneles tuvieron para él las más duras palabras. Dentro de la población greco-chipriota hubo un movimiento anti-Makarios; reducido a las minorías de ultraderecha y fomentado desde Atenas. Makarios se salvó de varios atentados: el que estuvo más próximo a costarle la vida, el de marzo de 1970. Pero en las urnas continuaba recibiendo una adhesión mayoritaria, ya no sólo por parte de la población greco-chipriota, sino también por los turcos, que veían en él la seguridad de librarse de la enosis y la concesión de garantías democráticas.

Las relaciones con Grecia se fueron haciendo tirantes. Grecia mandaba a servir bajo contrato en la Guardia Nacional —el Ejército— a los oficiales más seguros y más irredentistas: Johannides, que después sería jefe de la Seguridad Militar y hombre decisivo en el golpe de Estado de 1973, fue uno de ellos. Makarios vio pronto la importancia del cerco y la infiltración de golpistas en su Ejército. A principios de año se quejó violenta-

mente a Atenas, acusó a Atenas de mantener la EOKA/B —el terrorismo clandestino de los greco-chipriotas de extrema derecha, que continuaron la acción del general Grivas, muerto en enero: el peor enemigo de Makarios— y reclamó la retirada de los oficiales enviados por Atenas.

La respuesta fue el golpe de Estado del lunes 15 de julio, iniciado con el bombardeo del palacio presidencial de Makarios —pero Makarios, en las últimas semanas, dormía en lugares ocultos: tenía información de lo que se preparaba—, él anunció su muerte y la designación para la Presidencia del antiguo periodista y pistolero de la EOKA Sampson (Georgiu de verdadero nombre); inmediatamente comenzó la resistencia por parte de los greco-chipriotas afectos a Makarios, que pudo huir, y de los turcos. Al no conseguir apoderarse del poder y matar a Makarios, el golpe podía considerarse fracasado, sobre todo tras la entrada en acción de los turcos, desembarcados para proteger algunas minorías musulmanas. El fracaso arrastró al Gobierno griego, Sampson fue retirado del poder, y elevado a él, provisionalmente, Clearides, situado más a la izquierda que Makarios. Convocada en Ginebra una conferencia entre Grecia, Turquía y Gran Bretaña para restablecer la situación en Chipre, Grecia —ya bajo el Gobierno del civil Karamanlis, encargado de saldar el fascismo de Atenas— anunció que su posición sería la de favorecer el regreso de Makarios y situar la isla bajo su Constitución anterior al golpe de Estado. ■

## Alianza Universidad

### NOVEDADES

71. N. Chomsky, S. Toulmin,  
J. Watkins y otros  
La explicación en las ciencias de la  
conducta  
384 págs., 260 ptas.

72. Jagjit Singh  
Teorías de la cosmología moderna  
416 págs., 280 ptas.

73. Richard S. Rudner  
Filosofía de la ciencia social  
184 págs., 140 ptas.

74. Albert Bandura y  
Richard H. Walters  
Aprendizaje social y desarrollo de la  
personalidad  
296 págs., 240 ptas.

75. E. H. Carr  
Historia de la Rusia Soviética  
El Interregno (1923-1924)  
392 págs., 260 ptas.

76. A. C. Crombie  
Historia de la Ciencia:  
De San Agustín a Galileo  
I. Siglos V-XIII  
296 págs., 240 ptas.

77. A. C. Crombie  
Historia de la Ciencia:  
De San Agustín a Galileo  
2. Siglos XIII-XVII  
360 págs., 260 ptas.

81. Angel Viñas  
La Alemania nazi y el 18 de julio  
560 págs., 360 ptas.

87. Anselmo Lorenzo  
El proletariado militante  
496 págs., 260 ptas.

## ALIANZA EDITORIAL